

ANTOLOGÍAS CONTINENTALES
Y CONDENSACIÓN HISTORIOGRÁFICA.
DOS COLECCIONES LÍRICAS EN DIACRONÍA

Guadalupe CORREA CHIAROTTI*

En su “Teoría de la antología” (1930), Alfonso Reyes bosquejó un método de estudio para acercarse a los fenómenos literarios; se trata de un plan de trabajo que comienza, ante todo, por los manuales generales y su contraparte: las *antologías*. Y entre sus múltiples formas, Reyes privilegia en particular el trabajo con las colecciones de poemas, por sus dimensiones más breves y por su “mayor condensación estética” (1994: 126). A partir de esta propuesta, para tomar el pulso de una época, para captar su temple crítico, resulta fundamental seguir el rastro de las antologías líricas en tanto materialización de programas de historias literarias en construcción. Este tipo de obras constituye un género privilegiado para ordenar, fijar y crear una tradición: una antología sobre un país, un movimiento estético o un período literario no puede hacerse de una vez y para siempre. Los vaivenes, las oscilaciones, más quizá que aquello que permanece, son síntoma de la vitalidad de la literatura. La tradición, en cuanto entidad viva, practica una economía que deja en el olvido buena parte del legado cultural, a la vez que exalta aquellas piezas en las que encuentra sus lazos familiares de más provechosa vena.

A lo largo del siglo XIX aparece una serie de antologías que llevan idéntico nombre. A la *América poética* de Juan María Gutiérrez, publicada en Chile en 1846, siguieron las homónimas que prepararan en Cuba entre 1854-1856 Rafael María de Mendive y Jesús García, y la aparecida en París hacia 1875, editada por José Domingo Cortés.¹ La breve descripción de sus contextos editoriales

* Profesora-investigadora asociada de tiempo completo, adscrita al área de investigación en Producción Editorial, Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México.

¹ En orden cronológico: Juan María Gutiérrez, *América poética. Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo*, parte lírica [única publicada], Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1846 (seguimos la tradición crítica de restituir el crédito principal); R. M. de Mendive y J. de J. Q. García, *América poética. Colección de las mejores*

permite ilustrar un panorama extremadamente móvil: un argentino exiliado en Chile publica en la imprenta de un español (Mercurio-Tornero), unos cubanos, asociados a la causa independentista y expatriados luego, obsequian plantillas a los suscriptores de su propia revista, y un afanoso editor y diplomático chileno, antiguo director general de las bibliotecas de Bolivia, colabora en una casa editorial francesa con sede comercial en México.

De los lazos que unen a estas tres empresas, nos detendremos en los que estrechan las dos primeras, en tanto cada una —muy a su modo— lucha contra la atonicidad individualizada de la obra de autor, contra el poema desgranado en la publicación periódica y contra el dominio privado de los álbumes manuscritos (inexplorada práctica coleccionista de signo femenino y sustraída, por lo mismo, de la vida pública). Tanto la *América poética* de 1846 como la de 1854 intentan ejercer una intervención historiográfica precisa en una coyuntura particular: desde el extremo austral y como producto de una ciertamente próspera y cosmopolita sociabilidad chilena de la década del cuarenta, desde el mismo corazón del Caribe y en medio de un clima intelectual signado por la suspicacia realista y las conspiraciones separatistas, ambas aventuran una postura audaz ante una tradición inestable y aún incierta.

El *género editorial* antología recupera y actualiza múltiples manifestaciones del *género literario* lírico, con una visión de la cultura meta-bibliográfica. Así, dentro de la polisemia habilitada por el término “antología”, existen dos motivos perdurables: el tener un “orden”, una *dispositio*, más o menos azarosa, más o menos razonada, capaz de organizar un universo, capaz de dar nueva coherencia a una serie de elementos provenientes de otros mundos, y el ser una “colección de flores”, lo cual admite la preexistencia etimológica de una cultura (cercana más a la labranza artificial del jardín que a la rusticidad del monte), un “gusto”, un precepto estético —sea cual fuere— que rige el compendio. Podríamos suponer, incluso, que ambos elementos son consustanciales a un valor estético traducido en *política editorial*. Justamente en las páginas que siguen se bosquejan algunos de los trazos que configuran esas políticas, atravesadas por líneas no siempre nítidas y que oscilan entre el americanismo, la vida pública y el comercio particular.

composiciones escritas por los poetas hispano-americanos del siglo actual, t. I, Habana, Imprenta del Tiempo, 1854; t. II, Habana, Imprenta del Tiempo, 1856 [inconclusa], y José Domingo Cortés, *América poética. Poesías selectas americanas*, con noticias biográficas de los autores, París-México, A. Bouret e hijo, [1875].

CHILE, 1846. LAS ALOCUCIONES DE BELLO Y GUTIÉRREZ

En el período independiente que se inaugura en 1810 es posible registrar una abundante actividad americanista que halla su forma y su práctica en el quehacer editorial. En tanto americanistas, estos proyectos alegan la existencia de una potencia creadora propia capaz de desmentir los vituperios y reivindicar la producción literaria de los ingenios locales, tan a menudo ofendida por ciertos juicios eurocéntricos.² En tanto independentista, la patria grande requiere constituciones, tratados mercantiles y acuerdos fluviales, pero casi con la misma urgencia necesita una literatura que constate una genealogía (al modo de los cantos épicos) y retrate la originalidad de una tierra con mucho esfuerzo liberada.

En este sentido, los proyectos editoriales que mejor se prestan para difundir la producción continental y sirven a la vez de apoyatura para la organización de una historia literaria son las *revistas-bibliotecas*, por un lado, y las *antologías*, por otro. Las primeras inician su prolífico recorrido en el simbólico año de 1823, cuando Andrés Bello (1780-1865) publica en Londres *La Biblioteca Americana*.

Allí aparece, por primera vez, el poema insigne del americanismo literario: la “Alocución a la poesía” (1823, I: 3-16),³ cuya peregrinación simbólica por la exuberancia de un paisaje recuperado y el llamado a la innovación de las musas son primicias de una fecunda descendencia. Bello se había embarcado hacia Inglaterra en junio de 1810, formando una comisión junto al entonces coronel Simón Bolívar. Salvo breves excursiones a Francia, estuvo en Londres casi dos décadas, “prestando servicios a las legaciones de Colombia i de Chile”.⁴

² Estos juicios vienen de lejos, pero son actualizados en el siglo XIX en términos amplios. Entre un gran repertorio de ejemplos, la carta que extractamos a continuación tiene el interés adicional de evidenciar el flujo bibliográfico: “En un número de la Revista de Ambos Mundos del año pasado, de Charles sobre la literatura en los Estados Unidos y la Inglaterra, he visto que en el año 42 se ha publicado en Filadelfia por un Mr. Griswald una colección de poesías tituladas: *The Poets and Poetry of America with and [sic] historical introduction*. Pero el autor del artículo opina que lo más despreciable que han producido las musas españolas vale más que esa indigesta compilación”, en Carta núm. 309, 15-10-1845, de Félix Frías, Santiago de Chile, a Juan María Gutiérrez, Valparaíso (Gutiérrez, 1981: 20-21).

³ En *La Biblioteca Americana, o miscelánea de literatura, artes y ciencias* (Londres), (sección I, humanidades y artes liberales), justo a continuación del prospecto y la dedicatoria “al pueblo americano”, marca visual ostensible de su espíritu declarativo. La parte final, que la *América poética* no reproduce, se dio a conocer en el t. II, sección I [única publicada], 1-12. Entonces llevó por título: “Alocución a la Poesía, en que se introducen las alabanzas de los pueblos e individuos americanos, que más se han distinguido en la guerra de la independencia. (Fragmentos de un poema inédito, titulado ‘América’)”.

⁴ Carta núm. 328, 9-1-1846, de Andrés Bello, Santiago de Chile, a Juan María Gutiérrez, Valparaíso [autógrafa] (Gutiérrez, 1981: 41).

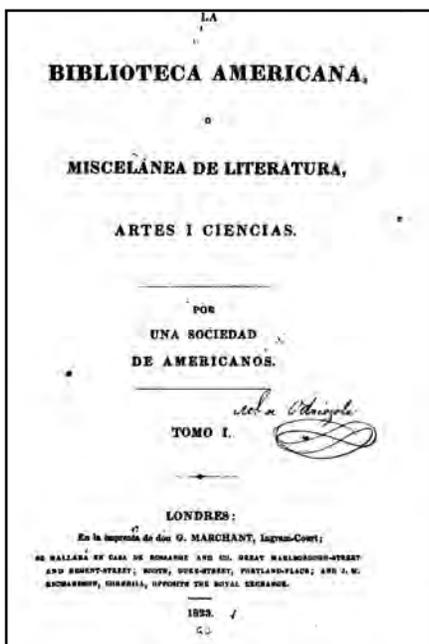


Imagen 1. Portada de *La Biblioteca Americana*, 1823.



Imagen 2. Sección I de *La Biblioteca Americana*, 1823.

La etapa londinense, de 19 años de residencia, significó para Bello la universalización de sus ideas; la comprensión razonada del hecho americano; una nueva visión de la obra civilizadora; una mayor capacidad y preparación para entregar su magisterio al continente, desde las tierras australes americanas [...]. Hasta ese momento, en 1829, no había publicado libro alguno, pero lleva en el alma un formidable acopio de saberes que ofrecerá desde Chile a las sociedades de las nuevas Repúblicas Americanas (Grases, 1985: xxxiii).

Bello se traslada efectivamente a Chile en 1829. Cuando Juan María Gutiérrez (1809-1878) llega a Valparaíso (mayo de 1845), ambos entablan una amistad y una colaboración estrechísima.

Gutiérrez traía consigo varias cajas de papeles que eran fruto de su incesante acopio de cuanto tuviera que ver con la poesía de estas tierras. Al inicio de su largo exilio, había trabajado en Montevideo junto a varios intelectuales de primer orden en una empresa compilatoria señera y sin embargo inédita hasta hace algunos años: la *Colección de poetas del Río de la Plata* (Lamas et al., 2011).

Luego de un viaje a Europa, del que se conservan pocos registros, y de su paso por Brasil, llega a Chile con la firme idea de publicar estos “pape-

les”. Logra, por fin, asociarse al impresor del *Mercurio*, Santos Tornero,⁵ y consigue los suscriptores necesarios y los colaboradores precisos para lanzar su *América poética. Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo*. Esta obra muda el adjetivo de la empresa editorial que señala como antecedente (*La Biblioteca Americana* de Bello) y convierte el atributo en nombre: es ahora la *América* quien poetiza, quien canta en primera persona las hazañas de la generación precedente y retrata la fisonomía de una lírica local incorporando la novedad romántica. La insistencia en el toponímico y el trueque de la adjetivación *americana* en sustantivo (de *La Biblioteca Americana* pero también de *Poesía americana*, título barajado en primera instancia por Gutiérrez), certifica su convicción y su alcance.⁶

El “Prospecto” de la *América poética* —donde Gutiérrez enfatiza, por un lado, la “necesidad y la importancia de reunir en un cuerpo las obras escogidas” de poetas americanos recientes, y edita, por otro, una breve muestra lírica que reúne por primera vez al mismo Bello, a Gertrudis Gómez de Avellaneda, Echeverría y Mármol— se reparte y empieza a reproducirse en los periódicos del continente en septiembre de 1845. “Bello está contento —le cuenta Alberdi—. El *Prospecto* ha estado muy astuto, muy diestro, muy hábilmente concebido”.⁷

La publicación de los fascículos (trece en total) se inicia en febrero de 1846. Entre el lanzamiento del prospecto y los primeros fascículos, cuando se disponen los materiales de la antología, el caraqueño y el argentino mantienen un fluido intercambio epistolar, donde se dejan en vilo ciertos asuntos para mejor conversarlos en extenso en inminentes encuentros.⁸ El ilustre rector de la Universidad de Chile y el joven director de la Escuela Naval de Valparaíso

⁵ Santos Tornero, español originario de Logroño, llega a Chile en 1834. En 1842 compra la imprenta y el diario *El Mercurio* a Manuel Rivadeneyra (el mismo de la célebre *Biblioteca de Autores Españoles*, conocida también como *Colección Rivadeneyra*). Sobre las condiciones de publicación, el incipiente mercado chileno, los tratos comerciales y las intrigas políticas, *cf.*: Tornero, 1889.

⁶ La nominación *americana* es, por otra parte, correlato de los usos epocales y las reivindicaciones que Rojas Gómez asocia al espíritu ácrata de los criollos finisiculares: “La Colonia no podía equipararse a *Hispanoamérica* e *Iberoamérica*, porque en ese entonces —antes de finales del siglo XVIII— los términos más usuales para hablar de las colonias en América eran los de *Nuevo Mundo* o *Indias Occidentales*, porque el mismo sustantivo *América* a finales del siglo XVIII dio lugar a la expresión de identidad de lo americano”. *Cfr.*: Rojas Gómez, 2015: 33-34.

⁷ Carta núm. 308, 13-10-[1845], de Juan Bautista Alberdi a Juan María Gutiérrez, Valparaíso [autógrafo] (Gutiérrez, 1981: 19).

⁸ Baste un ejemplo: “¿cómo pude renunciar a mi patria i venir a Chile? Esto exigiría largas explicaciones i me lisonjeo de poder darlas a V. verbalmente, porque me interesa mucho la buena opinión de las personas como V.”, en Carta núm. 328, 9-1-1846, de Andrés Bello, Santiago de Chile, a Juan María Gutiérrez, Valparaíso [autógrafo] (Gutiérrez, 1981: 40).

tendrían varios temas sobre los que conversar, embarcados ambos en sus más grandes obras: en el mismo momento que en Valparaíso la Imprenta del Mercurio prepara los fascículos de la *América poética*, en Santiago se imprime la *Gramática de la lengua castellana, destinada al uso de los americanos* (Bello, abril de 1847). El año 1847 es, sin duda, testigo de un momento de provecho para el americanismo y para las prensas chilenas.



Imagen 3. "Prospecto" de la *América poética*, Valparaíso, 1845.



Imagen 4. Portada de la *América poética*, Valparaíso, 1846.

Y si poco podemos saber de esos encuentros, en cambio quedan algunos registros de las colaboraciones que Bello prestara a la *América poética*. No sólo manda a Gutiérrez sus propios apuntes biográficos (al modo de los de Quintana en su *Colección de poesías castellanas*),⁹ sino que incide directa o

⁹ Carta núm. 326, 5-1-46 y Carta núm. 328, 9-1-1846, ambas de Andrés Bello, Santiago de Chile, a Juan María Gutiérrez, Valparaíso [autógrafas] (Gutiérrez 1981: 38-39 y 40-41, respectivamente).

indirectamente en la configuración del índice y en el acopio de materiales. Con la agencia de Rafael Minvielle, llegan a Gutiérrez noticias, juicios y libros que conforman *uno* de los sustratos del volumen final: “me a dicho [Bello] qe en las poesías de Eredia ai cosas bastante buenas; me dio un tomo de las de Fernández Madrid, qe yo le mandaré en ocasión oportuna”.¹⁰ Por esos mismos días, Gutiérrez le escribe a Esteban Echeverría en estos términos:

Creo qe le he hablado a V. en una carta anterior de mi colección de poesías americanas, cuyo Prospecto le incluyo. Ha tenido la mejor aceptación esta idea entre las personas de concepto aquí, entre otras el Sr. Andrés Bello, con quien tengo activa correspondencia sobre este negocio.¹¹

Así, la *América poética* reúne a 53 autores siguiendo un *orden alfabético* que los pone en pie de igualdad y resulta cercano a la disposición clásica de los diccionarios. Se borran y equiparan, de esta suerte, las diferencias nacionales y las luchas intestinas, reunificando el nuevo paradigma literario bajo la antigua y efectiva premisa del idioma y su expresión más genuina: la poesía. Sin embargo a este orden se anticipa un gesto emblemático: antes del primero de los poetas (Alejandro Arango) y tras las palabras preliminares se inserta la “Alocución a la poesía”. Pedro Henríquez Ureña, quien la definió como clásica en su forma, aunque de intención revolucionaria, agrega: “Con la *Alocución*, simbólicamente, iba a encabezar Juan María Gutiérrez nuestra primera grande antología” ([1927] 2000: 273).¹² Con un potente guiño historiográfico, la más famosa obra de Bello se imprime por primera vez en un libro americano (y en una edición de lujo).¹³

¹⁰ Carta núm. 287, 6/7-1845 [fecha probable], de Rafael Minvielle, Santiago de Chile, a Juan María Gutiérrez, Valparaíso (Gutiérrez, 1979: 297). Bello había tratado a Madrid en Londres, por lo que cuenta con información de primera mano para redactar, además, su nota biográfica.

¹¹ Carta núm. 312, 25-10-1845, de Juan María Gutiérrez, Valparaíso, a Esteban Echeverría, Montevideo [autógrafa] (Gutiérrez, 1981: 24).

¹² Hernán Pas, siguiendo este rastro, ve en la *América poética* una “actualización del programa bellista”: “la apertura de la *América poética* con la ‘Alocución a la poesía’ de Andrés Bello parece funcionar como continuación o confirmación del programa iniciado por el caraqueño en su estadía londinense. Sólo que ahora, en el nuevo tiempo definido por la introducción del romanticismo, los temas ya no son independencia y naturaleza, sino naturaleza e historia”. Cfr: Pas, 2010: 9.

¹³ Luego de 1823 la “Alocución...” se reeditó en *Teatro de la Opinión* (Buenos Aires), t. II, núm. 6 (1824) y en la rara antología *La flor colombiana, biblioteca escogida de las patriotas americanas o colección de los trozos más selectos en prosa y verso* (1826), t. I París: Casa de Bossange Padre, 259-275. Tendrían que pasar muchísimos años para ser recogida en libro de autor: Andrés Bello (1870), *Colección de poesías originales*. Con apuntes biográficos de J. M. Torres Caicedo. París: Librería de Rosa y Bouret (misma editorial que publicará la tercera

El caso es bastante elocuente: uno de los mayores poemas de nuestra literatura es recogido de una revista y circula buena parte del siglo en una antología. Así sucedió con la mayoría de los poetas de la colección: sólo algunos, muy pocos, contaban con libros impresos. Menos aún podían preciarse de superar los estrechos límites nacionales y alcanzar los puntos más recónditos, tal como sí sucedió —como veremos— con la *América poética*, “la obra literaria i tipográfica mas popular, mas celebrada i mas interesante que hasta esa época hubieran producido nuestras prensas” (Vicuña Mackenna, 1878: 73).¹⁴

1854. LA AMÉRICA POÉTICA INSULAR

Periódicos, barcos y libros siguen por estos años derroteros contiguos. No parece casual que nuestra primera gran antología se publicara en medio de un ajetreado Valparaíso, en una plataforma bien dispuesta al intercambio de noticias y al tráfico de ideas, con inversiones federales que modernizaron su infraestructura urbana. No parece tampoco fortuito que la segunda *América poética* aparezca a la vida pública en otra ciudad portuaria, La Habana, centro de un Caribe asediado y testimonio insular del dominio español.

Es un lugar común admitir que a lo largo de todo el siglo XIX la distinción entre la esfera política y la esfera cultural ha sido conflictiva y casi siempre indisociables una de la otra, hecho que torna mucho más porosos los alcances de la prensa y los fines del publicismo. Cuba está lejos de culminar la guerra de independencia y ya siente la acechanza del nuevo imperio, circunstancia que lleva al extremo el brío patriótico y exalta las búsquedas emprendidas en diferentes flancos. La *América poética. Colección de las mejores composiciones escritas por los poetas hispano-americanos del siglo actual*, cuyo primer tomo aparece en 1854 bajo de la dirección de Rafael María de Mendive y Jesús García es, en muchos sentidos, expresión de un afán independentista que busca inscribir la producción cubana en las filas americanas (lo cual, para el caso, es sinónimo de libres) en detrimento de la tradición peninsular.

América poética). La fama que precede al libro individual recuerda el caso quizá más sonado de nuestra lengua: la celebridad de don Luis de Góngora prescindió de un libro con su nombre (inédita, su poesía circuló manuscrita, oralmente y en colecciones).

¹⁴ Este juicio resulta atractivo, pues la biografía de Mackenna no es, ciertamente, de carácter laudatorio. Dedicó, de hecho, buena cantidad de páginas en demostrar que Gutiérrez no era un “auténtico poeta”. Gutiérrez llega laureado a Chile, pero como Bello por estos mismos años, abandona (retóricamente) el “trato con las musas”, pues, como dirá Bello, “no gustan de dividir su imperio y quieren al hombre todo entero”.

El apego biográfico de Rafael María de Mendive (1821-1886) al perfil de “poeta-coleccionista” fundado por Gutiérrez es notable: al igual que su par argentino fue poeta distinguido, pedagogo (fundador del colegio de San Pablo, donde tuvo por discípulo a José Martí) y militante de las filas independentistas. De él ha dicho el gran poeta cubano: “De su vida no he de hablar, porque sabe poco de Cuba quien no sabe cómo peleó él por ella desde su juventud, con sus sonetos clandestinos y sus sátiras impresas” (citado en García del Pino, 2013: 179). Ambos parecen traducir su impulso libertario no sólo en la acción directa que supone la política partidaria, sino también en proyectos editoriales, donde una ágil noción de cultura se materializa en emprendimientos editoriales de diverso calibre pero imbuidos de idéntica fe romántica en el poder social de la literatura.

Esta segunda *América poética* propone una continuidad, una prolongación con respecto a su antecesora chilena de 1846. Desde el título mismo, en la disposición biográfica y el ordenamiento lírico, pero también en la regencia de ciertos criterios estéticos. Destaca, ciertamente, la cantidad de autoras (la presencia de Gertrudis Gómez de Avellaneda es insoslayable) y autores cubanos, en perjuicio de la representatividad de las restantes naciones de habla hispana:



Imagen 5. Portada de la *América poética*, Tomo I, Habana, 1854.



Imagen 6. Portada de la *Revista de la Habana*, Tomo I, Habana, 1853.

de los diecinueve poetas que componen el tomo I y la parte publicada del tomo II, doce son cubanos de nacimiento o escritores que han desarrollado su obra en la isla.¹⁵ Si en la *América poética* de 1846 Juan María Gutiérrez aspira a la creación de una comunidad poética continental, en el caso de la segunda *América poética* se forja, a través de la adición de poetas cubanos, el ingreso de la mayor de las Antillas al concierto —ahora— americano.

No obstante, se aleja rotundamente de su modelo chileno en ciertos pasajes. Retomemos un ejemplo (parcialmente trabajado en otro lugar). De Argentina, país con máxima representación en la antología de Gutiérrez, sólo se incluye un autor, Ventura Vega, ausente de la primera *América poética* y, en cambio, figura principal de una temprana antología: las *Rimas americanas* de Ignacio Herrera Dávila, publicada en La Habana en 1833. Tal debió ser el espíritu de esta antología, surgida en un ostensible clima de represión hacia las manifestaciones separatistas, que valió a Herrera y a “su verdadero autor”, Domingo Del Monte, la persecución y el destierro. Respecto de sus alcances, Carlos Guzmán Moncada define con precisión cuáles fueron sus resonancias:

En relación con las *Rimas americanas*, baste decir por lo pronto que, si bien éstas no fueron piedra de toque para las colecciones posteriores, sí son un primer intento de americanismo formulado con claridad y de mención obligada. No internacionalizó a sus poetas, aunque sí expatrió a su(s) compilador(es), y Del Monte, en concreto, se constituyó como uno de los animadores literarios y políticos de Cuba más importantes del siglo XIX, a cuyo entusiasmo y tesón se debe la edición de las obras de Heredia e, indirectamente, de las de Manzano. Además, no puede ignorarse su nombre al referirse a otras dos antologías americanas de ese siglo: la del cubano Rafael María de Mendive y la del canario Andrés Avelino de Orihuela (2000: 49).

En efecto, el único volumen de las *Rimas* publicado incluye sólo cuatro autores: el habanero José Policarpo Valdés, el bogotano Félix Tanco y Bosmeniel, el bachiller Toribio Sánchez de Almodóvar (pseudónimo de Del Monte) y el argentino

¹⁵ Tomo I: Andrés Bello, venezolano, 3 poesías; Manuel de Sequeira y Arango, cubano, 11 poesías; Ventura de la Vega, argentino, 8 poesías; Ramón de Palma, cubano, 16 poesías; Rafael María Baralt, venezolano, 5 poesías; Gertrudis Gómez de Avellaneda de Sabater, cubana, 16 poesías; Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido), cubano, 28 poesías; José Jacinto Milanés, cubano, 24 poesías; Narciso Foxá, centroamericano-cubano, 6 poesías; Fray Manuel Navarrete, mexicano, 5 poesías; José María de Cárdenas, cubano, 11 poesías; Felipe López de Briñas, cubano, 14 poemas; José A. Maitín, venezolano (exiliado en La Habana, como Fernández Madrid), 9 poesías; Ramón Vélez Herrera, cubano, 19 poesías; José Joaquín Olmedo, ecuatoriano, 7 poesías. Tomo II: José María Heredia, cubano, 19 poemas; Abigail Lozano, venezolana, 17 poesías; Ramón Zambrana, cubano, 47 poesías; Domingo del Monte y Aponte, venezolano-cubano, 15 poesías.

Ventura de Vega. Este volumen de ciento sesenta y cinco páginas y de austera pobreza editorial debe haber hecho mella en Mendive, quien desdeña la oferta de su antecesora chilena —en lo que a autores rioplatenses se refiere— y escoge, por sobre las novedades del payador, a Ventura Vega, dramaturgo y poeta residente en Madrid y, al parecer, amigo del mismo Del Monte. En una suerte de apuesta reivindicatoria, la *América poética* sigue esta elección, no exenta de guiños locales.

Con todo, los editores cubanos no se apartan por mucho de la estela de la *América poética* chilena. Si observamos el caso de Bello, la asimilación resulta entonces evidente. Las noticias que presentan al autor siguen, a pie juntillas, las que él mismo redactara y mandara a Gutiérrez por vía epistolar; con reestructuraciones mínimas se transcriben las informaciones impresas en Chile y hasta se reproduce la cita final de Juan García del Río. De los tres ejemplares consultados, el de La Habana ofrece, además, un retrato litografiado de Andrés Bello que ilustra la entrada y abre el volumen.¹⁶ Por omisión o quizá por su carácter de obra inconclusa, no hay otro “umbral” que inaugure el volumen: ni palabras preliminares de los editores, ni presentación general a la obra. El índice, por su parte, no sigue un criterio claro, ni por bloques nacionales, ni por orden alfabético.

No parece insensato adjudicar a este inicio una impronta preceptiva, más si reparamos en la apertura del segundo volumen, *simbólicamente* reservada a José María Heredia. No obstante la altura icónica de gran poeta cubano, resulta un tanto paradójica la sobriedad de la presentación de 1856, cuyas únicas dos líneas sólo apuntan su fecha de nacimiento y de muerte, desestimando la cuidada biografía que Gutiérrez había ofrecido en 1846. En ella el editor argentino hace un pormenorizado informe de los principales sucesos biográficos de Heredia, sin omitir los viajes, la formación, empleos y acciones políticas. En opuesta dirección a la costumbre tan arraigada por estos años de omitir las fuentes y sus autores, este escrito deja constancia de la procedencia de las noticias:

D. J. M. Heredia vivía en Méjico el año de 1838, pues es esta la época en que se publicaba allí el periódico literario de donde tomamos estas rápidas noticias. Su autor refiriéndose a ellas y al retrato que las acompaña, dice: “El Sr. Heredia recibirá ambas cosas como un sincero homenaje del respeto y admiración que nos inspira” (Gutiérrez, 1846: 285).

¹⁶ Consulté tres ejemplares: uno perteneciente a la Biblioteca Nacional de México, que conserva íntegro el t. I [282 páginas], sin ilustraciones; la Biblioteca Nacional de Colombia (Fondo Caro, núm. 315) posee también un ejemplar del t. I más ilustr. (retrato de autoras y autores) y adiciona en la misma encuadernación 24 páginas del t. II; la Biblioteca Nacional de Cuba resguarda el t. I (con las mismas ilustr. más la inicial de Bello) y 100 páginas del t. II. Esta última paginación refrenda los datos suministrados por Carlos M. Trelles, quien señala que se imprimieron 100 páginas del segundo volumen y que no llegó a terminarse. *Cfr.* Trelles, 1912: 283.

Si bien en esta ocasión no se menciona el nombre del periódico, se refiere —sin duda— a *El Recreo de las Familias*. En su número 7 (1 de febrero de 1838, 241-245), en la sección principal aparece un amplio estudio dedicado al poeta antillano firmado por Eulalio Ortega, el cual incluye “la más antigua biografía de Heredia, escrita un año antes de su muerte, con datos proporcionados por Heredia, de fijo” (Toussaint, 1953: 93), la reproducción de una carta-crítica de autor español y, como corolario, un retrato en técnica litográfica del mismo poeta, único de factura absolutamente mexicana en toda la revista (Ruiz Castañeda, 1995: xli).¹⁷ Nada de todo esto se recupera en la colección cubana, en contraste con el aprovechamiento expreso que, por ejemplo, se practica para la sección destinada a José Joaquín de Olmedo, donde los editores apuntan: “Varias ediciones se han hecho de las poesías de Olmedo, que cuidó de que saliesen correctas en la *América poética* publicada en Santiago de Chile que a la vista tenemos” (Mendive y J. de J. Q. García, 1854: 259).

Una vez más, las andanzas de los libros, las noticias y omisiones parecen seguir rutas intrincadas, complejas y sumamente movibles (y renuentes a los límites nacionales). Una vez más, la presencia de las revistas y la activa intervención de diferentes modalidades de producción editorial sugieren caminos concurrentes.

Sabemos que la *América poética* chilena circuló en la muy decimonónica modalidad de fascículos coleccionables, pero ¿cómo circuló la *América poética* cubana? La historia de esta colección está ligada a la de una empresa editorial huésped: la *Revista de la Habana*, que inicia su publicación quincenal en marzo de 1853 y que fue considerada una de las más prestigiosas de la época.¹⁸

En dicha *Revista* juzgó Mendive las preciosas composiciones poéticas de Selgas y de Arnao, poetas que empezaban a adquirir renombre en la Metrópoli, y prestó un gran servicio a nuestra literatura, no sólo por haber dado a conocer las mejores producciones de los escritores cubanos de la época y artículos críticos suyos [...], sino porque con el título de *Biblioteca de la Revista* publicó otras obras, entre ellas, la *Colección de novelas, cuentos, leyendas*, etc., de Echeverría, Villaverde, García y Palma: *Gerónimo Paturot*, de Reybaud; el *Símbolo de la Serpiente*, de Squier y la *América Poética*, colección de las mejores composiciones escritas por los poetas hispano-americanos del siglo actual, que aunque no llegó a terminarse,

¹⁷ Sabemos por varias fuentes que la *Revista de la Habana* publicó un retrato litografiado de Heredia que obsequió a sus suscriptores.

¹⁸ *Revista de la Habana. Periódico quincenal de ciencias, literatura, artes, modas, teatros*, & editores R. María de Mendive y J. de Jesús Q. García, La Habana, Imprenta del Tiempo, 1853-1857; 1ª serie: t. 1 (1853), t. 2 (1853-1854), t. 3 (1854), t. 4 (1855), t. 5 (1856); 2ª serie: t. 1 (1856), t. 2 (1857), t. 3 (1857), t. 4 (1857). *Cfr.* Trelles, 1912: 269.

es la más notable de las publicadas hasta el día, después de la que en 1846 dió á luz en la imprenta del Mercurio, en Valparaíso, el aventajado literato argentino D. Juan María Gutiérrez (Morales y Morales, 1883: xxiv).

Así, pues, la *América poética* cubana no es un producto editorial autónomo sino que está intrínsecamente ligada a la *Revista de la Habana*. No tuvo que conseguir suscriptores (aunque seguramente su publicación contribuyera a su aumento), ni tuvo que abrir un cauce solitario para encontrar lectores: el circuito cultural-comercial estaba ya predeterminado por esta publicación periódica. En medio de un clima económico próspero (que acabaría en crisis justamente en el tiempo en que se interrumpe la publicación de la antología), de una década que registra un aumento exponencial de títulos de poesía y la ampliación (moderada) de los sectores susceptibles de acceder a la lectura y, por ende, a revistas y libros abaratados por la introducción de novedades técnicas, despunta un proyecto editorial sostenido y potente.

Fundada por Rafael María Mendive y José de Jesús Quintiliano García, la *Revista de la Habana* (1853-1857) duró cuatro años y medio: ciento ocho números con un promedio de casi treinta páginas quincenales. Feliciano Menocal la ha llamado con razón “el monstruo editorial del siglo XIX” (Fornet, 2014: 125).

En 1854 los editores de la revista publican para sus suscriptores las planillas de la *América poética*, la cual constituye “el primer intento de romper el monopolio editorial de los periódicos” (2014: 138). Esto explica, por un lado, las diferencias respecto de las páginas que perduran del tomo II (24 en un ejemplar, 100 en otro) y, por otro, las adiciones no regulares de las láminas, en tanto la encuadernación corre por cuenta y gusto del suscriptor.

El establecimiento que estuvo a cargo tanto de la revista como de la colección fue la Imprenta del Tiempo, taller que se revela como de primera categoría cuando de sus prensas sale el periódico de Mendive, “con un lujo tipográfico que no había vuelto a verse desde la época de Oliva” (2014: 56).¹⁹ En la misma imprenta y cronológicamente en medio del primero y segundo tomo se publica la primera *Cuba poética*, en cuyo prospecto se exponen algunos puntos sobre los que ya había llamado la atención Gutiérrez y que conforman una suerte de continuo americano:

¹⁹ En el mismo lugar se enlista como parte del catálogo editorial una edición de “poesías de [Ramón de] Palma editadas por Mendive”, actividad que lo acerca nuevamente a los ejercicios literarios de Gutiérrez. Antes y bajo su autoría aparecieron *Pasionarias* (1847) y *Cuatro laúdes* (1853), tomo con poemas suyos, de Ramón Zambrana, José Gonzalo Roldán y Felipe López de Briñas.

Las ediciones que de sus obras han hecho los poetas cubanos han sido mui escasas, por cuya razón apénas han pasado mas allá de los mares que nos rodean. Así es que nuestra literatura es enteramente desconocida. Nos lastima ver como algunos ilustrados escritores han hablado de nuestros poetas; con que poco tacto ensalzan al mas humilde [coplero], dejando desapercibidas las flores mas bellas i delicadas de nuestro Parnaso (Fornaris y León, 1855: s.p).

La falta de datos y documentos ha sido desde siempre uno de los mayores impedimentos para la concreción de una historia de la literatura americana. El desconocimiento y el juicio apresurado por parte de los extranjeros sigue, a su vez, el flujo y reflujo de los claros prejuicios admitidos por esta carencia historiográfica. En el mismo sentido, en uno de los primeros números de la *Revista de la Habana* se advierte con igual disgusto la parcialidad y el desconocimiento que evidencia un artículo sobre la literatura de Cuba publicado en la *Revue des deux mondes*:

[P]ero vemos en este artículo lo que en otros muchos semejantes, que en diversas épocas se han publicado en Europa, y hasta en América, como se advierte en la brillante *Historia de la Literatura española* por Ticknor, vemos que solo se mencionan dos ó tres nombres de los que forman las glorias de nuestro suelo. Todavía, gracias a nuestra desidia, no ha habido en Cuba quien imparcial y lealmente haga siquiera una breve reseña de todos los hombres que como escritores se han distinguido, aunque escasas sean sus obras (Zambrana, 1853: 215).

La publicación de la primera visión histórica de nuestra literatura en su conjunto emprendida por el norteamericano George Ticknor (*History of Spanish Literature*, 1849, traducida rápidamente por P. de Gayangos y E. de Vedia e impresa en Madrid por Rivadeneyra), evidencia una falta notable. La *desidia*, tal como la nombra Zambrana, queda estampada en la omisión de las prensas extranjeras: la falta de una sistematización crítica de nuestra literatura pone en riesgo la certidumbre de los análisis subsecuentes.

Y esta exigencia externa se conjuga, de modo no siempre armónico, con la demanda de un público lector local ávido de compendios que expandan a la vez que abrevien el camino literario. No cuesta mucho imaginar lo dificultoso que resultaría, en este sentido, conocer la producción de poetas alejados en términos geográficos, si aun los cercanos resultan inaccesibles.

Al dar á luz este libro no nos halaga la esperanza de publicar una obra completa. El menos versado en nuestra literatura puede concebir los obstáculos que se nos han presentado, y los escollos que hemos tenido que salvar. Muchos de los poetas cuyos nombres aparecerán en el volúmen, no han dado á luz sus composiciones en cuerpo de coleccion; otros que han publicado tomos de versos en época pasadas,

han muerto ya y sus obras casi se han perdido por la falta de ediciones posteriores. Algunos, y son los mas, despues de haber dado á la estampa un libro, han escrito en diversos periódicos, composiciones de mayor mérito que sus primeros trabajos, pero que andan esparcidas y que se perderán tal vez por la incuria de los que las poseen; sin contar que muchos han dejado composiciones inéditas que solo conocen algunos de sus íntimos amigos, y que no es fácil conseguir (Fornaris y Luaces, 1861: 3).

A MANERA DE CONCLUSIÓN

El antologador participa activamente en el incipiente mercado letrado en cuanto incide en el texto en dos niveles simultáneos: por un lado, en la selección (macroestructura) y, por otro, en la edición de los textos resultantes (microestructura). En ambos casos obra un “coeficiente de conversión”, pues ejerce una interpretación y una manufactura. Estas fases, fácilmente identificables desde el punto de vista teórico, coexisten aunadas en la praxis e interactúan en la puesta en práctica de la crítica, en cuyo orden general se inscriben y a la cual en buena medida preceden. Con grandes formatos cercanos a la propuesta de las enciclopedias, y como ellas partícipes en las nuevas sistematizaciones del saber, las antologías parecen erigirse como un género central —en oposición al lastre subsidiario que arrastran otras propuestas editoriales— en la configuración de un acervo americano. Próximas al diarismo en boga y a su espíritu modernizador (fundan propuestas de lectura concretas), suponen una acción de fuerza simbólica con los materiales que reorganizan, con las antologías precedentes y con las historias literarias que echan de menos y que desean inspirar.

Las antologías hispanoamericanas son, sin duda, un testimonio cultural de gran interés por la ampliación de las prácticas letradas (tanto escriturarias como lectoras) que supone el valor positivo de su contenido. Pero, en primerísima instancia, por materializar una inscripción específica, política, en un debate colectivo e histórico que, en términos amplios, articula no sin tensiones el complejo delineado de una tradición propia y la posición de América en el cuadro historiográfico occidental.

BIBLIOGRAFÍA

- BELLO, Andrés (1847), *Gramática de la lengua castellana, destinada al uso de los americanos*. Santiago de Chile: Imprenta del Progreso.
- ([1979] 1985), *Obra literaria*. GRASES, Pedro (selec. y pról.), SAMBRANO URDANETA, Oscar (cronología). Caracas: Biblioteca Ayacucho.

- CORREA CHIAROTTI, Guadalupe (2015), *Estudio y edición anotada de la América poética (1846) de Juan María Gutiérrez* (tesis de doctorado inédita), Universidad Nacional Autónoma de México.
- CORTÉS, José Domingo (1875), *América poética. Poesías selectas americanas, con noticias biográficas de los autores*. París-México: A. Bouret e hijo.
- FORNET, Ambrosio ([1994] 2014), *El libro en Cuba. Siglos XVIII y XIX*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- FORNARIS, José y LUACES, Joaquín Lorenzo (dir.) (1861), *Cuba poética. Colección de composiciones en verso de los poetas cubanos desde Zequeira hasta nuestros días*. LEÓN, José Socorro de (ed.). Habana: Imprenta de la viuda de Barcina y Comp.
- FORNARIS, José y LEÓN, José Socorro de (1855), “Prospecto”, en *Cuba poética. Colección escogida de las composiciones en verso de los poetas cubanos, desde Zequeira hasta nuestros días*. Habana: Imprenta del Tiempo, s.p.
- GARCÍA DEL PINO, César (2013), *Mil criollos del siglo XIX. Breve diccionario biográfico*. La Habana: Centro de Estudios Martianos.
- GUTIÉRREZ, Juan María (1845), Prospecto de la *América poética, o sea Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio [aparecido sin firma].
- (1846), *América poética. Colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo*, parte lírica [única publicada]. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.
- (1979), *Archivo. Epistolario*. Tomo I. Edición a cargo de Raúl J. Moglia y Miguel O. García. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.
- (1981), *Archivo. Epistolario*. Tomo II. Edición a cargo de Raúl J. Moglia y Miguel O. García. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.
- GUZMÁN MONCADA, Carlos (2000), *De la selva al jardín. Antologías poéticas hispanoamericanas del siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (2000), “El descontento y la promesa” [1927], en *Ensayos*. ABELLÁN, José Luis y BARRENECHEA, Ana María (edición crítica y coord.). Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 273-287.
- HERRERA DÁVILA, Ignacio (1833), *Rimas americanas*. Tomo I [único publicado]. La Habana: Imprenta de Palmer.
- LAMAS, Andrés; GUTIÉRREZ, Juan María; RIVERA INDARTE, José y VILARDEBÓ, Teodoro (comps.) (2011), *Colección de poetas del Río de la Plata*. ROCCA, Pablo (ed., pról. y notas), LORENZELLI, Valentina (transc. paleográfica). Montevideo: Biblioteca Artigas.

- MENDIVE, R. M. de y GARCÍA, J. de J. Q. (1854-1856), *América poética. Colección de las mejores composiciones escritas por los poetas hispano-americanos del siglo actual*. Tomo I. Habana: Imprenta del Tiempo; Tomo II. Habana: Imprenta del Tiempo [inconclusa].
- MORALES Y MORALES, Vidal (1883), “Rafael María de Mendive”, en MENDIVE, Rafael M. de, *Poesías*. CAÑETE, Manuel (pról.), MORALES Y MORALES, Vidal (biografía). Habana: Miguel de Villa editor, xxvii-xxxii.
- PAS, Hernán (2010), “La crítica editada. Juan María Gutiérrez y la *América poética*”, *Orbis Tertius* (La Plata), XV. 16: 1-11.
- Revista de la Habana. Periódico quincenal de ciencias, literatura, artes, modas, teatros, &*, (1853-1857), MENDIVE, Rafael María de y GARCÍA, J. de Jesús Q. (editores), 9 tomos. La Habana: Imprenta del Tiempo.
- REYES, Alfonso ([1942] 1994), “Teoría de la antología” [1930], en *La experiencia literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 125-129.
- ROJAS GÓMEZ, Miguel (2015), *El término Hispanoamérica: génesis y desarrollo en los procesos de las independencias*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen ([1883] 1995), “Estudio preliminar”, en *El Recreo de las Familias*. Ed. facsimilar y est. preliminar de RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen; índices elaborados por MÁRQUEZ ACEVEDO, Sergio, bajo la coord. de RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen. Facsim. de: Megico: Librería de Galvan, México: Universidad Nacional Autónoma de México, xi-lviii.
- TORNERO, Santos (1889), *Reminiscencias de un viejo editor*. Valparaíso: Imprenta de la Librería del Mercurio.
- TOUSSAINT, Manuel (1953), *Bibliografía mexicana de Heredia*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- TRELLES, Carlos M. ([1841-1855] 1912), *Bibliografía cubana del siglo XIX*. Tomo III (1841-1855). Matanzas: Quirós y Estrada.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín (1878), *Juan María Gutiérrez: ensayo sobre su vida y sus escritos conforme a documentos enteramente inéditos*. Santiago: Rafael Jover editor.
- ZAMBRANA, Ramón (1853), “Bibliografía”, *Revista de la Habana. Periódico quincenal de ciencias, literatura, artes, modas, teatros, &*. (La Habana), 1ª serie, tomo I: 215-219.